

Preparándoos para decir Misa, disponeos á cumplir tan santa acción como si fuera el principio solemne de una vida más perfecta, y tened por cierto que vuestro fervor no se entibiará nunca si os mantenéis fiel á las siguientes resoluciones: 1.º Ante todo, nunca perdáis de vista las dos eternidades. 2.º Acompañad vuestras acciones con el pensamiento de que sus consecuencias serán eternas. 3.º No olvidéis que todo lo que digáis ó sacrifiéis por vuestra eternidad, lo depositáis en las manos de Dios y de El recibiréis el céntuplo en la feliz eternidad. 4.º Por último, al dar la hora, á la vista de un reloj, acordaos que todas las horas, todos los minutos que se suceden, son otros tantos pasos que dais hacia la eternidad.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El pensamiento de la eternidad es una luz que nos dirige con seguridad. ¿Qué llegará á ser el conjunto de todos los tormentos y qué la reunión de todas las felicidades si ambos son eternos? Tratándose de la eternidad dice San Gregorio, nunca están demás las precauciones, porque nunca llegaremos á tener bastante seguridad. Esta máxima la han practicado todos los santos.*

PUNTO SEGUNDO.—*El pensamiento de la eternidad es una fuerza que nos sostiene. Cotejando placer con placer, sufrimiento con sufrimiento; comparando los bienes eternos con los caducos y perecederos, ¡ah, éstos pierden para mí todos sus atractivos! Bien necio sería si me dejara abatir por un sufrimiento de pocos instantes á trueque de sufrir luego los tormentos eternos. «Todo lo que no es eterno nada es, y en nada debe estimarse:» hé aquí la respuesta que he de dar á los halagos del vicio y á los obstáculos de la virtud.*

PUNTO TERCERO.—*El pensamiento de la eternidad nos anima en la práctica del bien. Sabiendo que encontraré luego en la eternidad los frutos de mis buenas obras, y por otra parte, ignorando cuándo entraré en ella, me he de animar de continuo con esta consideración: valor, alma mía, no te olvides que estás trabajando para la eternidad.*

En recompensa de este acto de caridad, de humildad, yo veré á Dios más claramente y le poseeré con mayor fruición por toda la eternidad.

La noche se acerca; trabajemos pues, para multiplicar nuestros méritos mientras tenemos tiempo.

MEDITACIÓN XXVI

La santa Misa es el medio más eficaz concedido al sacerdote para santificarse

Con frecuencia se nos ha dicho: sed santos para poder de este modo ofrecer dignamente el divino Sacrificio. Procurad igualmente, celebrar la santa Misa con el mayor fervor para llegar así segura y prontamente á la perfección que Dios con derecho os exige. Consideremos pues, hoy el altar como una escuela en la que Jesús nos da con su ejemplo las más útiles lecciones: mañana ponderaremos los auxilios prodigiosos que para tan alto ministerio nos suministra.

Para el simple fiel la santidad se reduce á dos cosas, á saber: vivir y morir; esto es, despojarse del hombre viejo para revestirse del nuevo (1). El sacerdote además de esto ha de comunicar á las almas esa vida sobrenatural y divina que Jesús le ha conferido. Luego santificarse él equivale á *morir, vivir y vivificar*; tres grados de perfección sacerdotal cuyo modelo más acabado es el Hijo de Dios sacrificado por nuestro ministerio sobre el altar donde nos enseña:

- 1.º A morir al mundo y á nosotros mismos.
- 2.º A vivir una vida eminentemente santa.
- 3.º A vivificar al prójimo con nuestro celo.

(1) *Expoliantes vos veterem hominem, et induentes novum.* (Coloss., III, 9, 10).

PUNTO I

Jesucristo en el altar es dechado de mortificación

Esta virtud nos cuesta más trabajo que todas las demás, y por lo mismo el Salvador nos la inculca de un modo tan eficaz y enérgico en la celebración de los santos misterios. La Misa es una imagen viva de la Pasión, puesto que el cuerpo y la sangre del Hombre Dios consagrados separadamente y consumidos mediante una muerte mística; los ornamentos todos adornados de cruces; la misma cruz que forma parte de todas las ceremonias; la víctima elevada en las manos del sacrificador y colocada entre la tierra y el Cielo como se verificó allá en el Calvario; la paciencia y el silencio de este divino Cordero que se deja inmolar sin abrir su boca, sin dar un solo indicio de vida: todo nos recuerda y pinta en el altar las escenas sangrientas de su pasión y muerte.

Pero además, los indignos tratamientos y los ultrajes no concluyeron con su vida mortal. ¿Acaso no tiene que sufrir también en nuestras Iglesias los oprobios de la cruz? Su corazón padece las mismas amarguras á la vista de tantos delitos que se cometen diariamente en el acto mismo en que Él se ofrece al Eterno Padre como víctima, en resarcimiento de su gloria; experimenta hondo pesar sobre todo al ver la frialdad, la indiferencia y el abandono en que le dejan los mismos á quienes Él colma de favores.... Y sin embargo, todo lo había previsto Jesús, y á sus ojos la persecución y los sufrimientos futuros estaban presentes como hoy; y á pesar de esto, su ardiente caridad triunfa de toda repugnancia y acepta el amargo y doble cáliz.

Este ejemplo de un Dios Redentor que por nosotros no sólo se entrega á los suplicios y á la muerte, sino que perpetúa en cierta manera su pasión en medio de nosotros ¿no será suficiente para que amemos la mortificación, ó por lo menos para hacernos más dulce y llevadero su ejercicio? Frente á este pensamiento y recuerdo que veo grabado en

todas las ceremonias de la Misa: ¿me quedará aún tan remiso y tan poco decidido en vencerme? ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Vos os hacéis mi víctima y yo rehusaré ser la vuestra?

Cuando instituisteis el divino sacrificio y me elegisteis para ser vuestro ministro, no se os ocultaban todas las penas que habíais de arrostrar para llegar hasta mí: conocíais cuántos sacrilegios y ultrajes os habían de acibarar en el curso de diez y ocho siglos, y con cuántos Judas os habíais de encontrar.... Sin embargo, esta perspectiva tan horrorosa por nada debilitó el amor que siempre me habéis profesado, y yo.... ¿no querré sufrir nada por Vos?

Vos sacrificasteis vuestras consolaciones, vuestra honra, vuestro reposo, vuestra vida por mí: y yo ¿tutubearé aún en sacrificaros esta mi extremada delicadeza y sensibilidad? Vos os dejasteis escupir, pisotear, crucificar; fuisteis el blanco de vuestros encarnizados enemigos, consentisteis en ser desconocido é insultado por muchos de vuestros mismos discípulos.... y todo esto hasta la consumación de los siglos y todo por mí.... y yo ¿llevaré á mal el ser olvidado en los pocos días que he de vivir en este mundo? ¿No podré sobrellevar sin abatimiento una ofensa leve ó una contradicción momentánea? ¿Continuaré siendo altanero, sensual, exigente?... ¡Ah, tal contraste me enciende de indignación contra mí mismo! No, un sacerdote fiel en meditar la Eucaristia, y dócil á las lecciones que este Sacramento le suministra, hará el mismo caso de sus padecimientos, cualesquiera que sean y de dondequiera le vengan, que de las prisiones, de los patíbulos y de las hogueras hacían, una vez alimentados con este pan divino, los mártires. Aprende entonces á morir á sí mismo, según la Iglesia se lo advirtió en el momento de su ordenación. *Imitami quod tractatis, quatenus mortis Dominicæ mysterium celebrantes, mortificare membra vestra a vitiis et concupiscentiis omnibus procuretis* (1).

(1) Pontif.

PUNTO II

Jesucristo en el altar, modelo acabado de la vida sacerdotal

La vida del Salvador en el Smo. Sacramento es dirigida por una sabiduría divina. En presencia del anonadamiento profundo con que Jesucristo oculta su majestad soberana, del silencio, de la soledad, y de ese conjunto inefable de contemplación y de acción, la prudencia humana queda estupefacta; porque mientras Jesús parece estar inactivo en la Eucaristía, es sin embargo quien lo hace todo: desde su tabernáculo gobierna y rige al universo entero. Glorificar á Dios con sus adoraciones y con su anonadamiento: salvar á los hombres derramando sobre ellos á cada instante las bendiciones de su gracia: hé aquí la vida de Jesucristo en nuestras Iglesias y en nuestros altares, de manera que es verdaderamente un ejercicio constante de todas las virtudes practicadas con una perfección infinita.

¡Qué mansedumbre! ¡qué ternura! ¡qué paciencia! ¡qué bondad! ¡cómo permite que nos acerquemos á Él, que le toquemos, que nos alimentemos de Él y hasta ¡oh abismo de misericordia! ¡que le insultemos!... A nadie rechaza jamás... El grande y el pequeño, el docto y el ignorante, el pecador y el justo, todos son admitidos con facilidad suma. ¡Qué humildad! Aleja de sí todo lo que pudiera darle esplendor y grandeza, ocultando no tan sólo sus perfecciones, sino hasta su propia humanidad. No sólo no aparenta lo que es, sino que no aparenta nada. ¡Qué obediencia! Rey de reyes y Señor de los señores se somete ¿y á quién? ¿en qué? ¿por cuánto tiempo? ¿Trascurre acaso una sola hora en la que no esté de alguna manera en las manos de sus ministros, que ya lo exponen á la adoración de los fieles, ó ya lo encierran en el tabernáculo para disponer de Él como les place? ¡Qué recogimiento! ¡qué unión con Dios! ¡qué oración!... ¡Ah, ni por un solo momento, desde el día de la institución de este misterio, fué interrumpida esta

oración, y á ella precisamente debe el mundo todo su bienestar y felicidad.

Hé aquí pues, el modelo de la vida sacerdotal. Enseñándonos esta sublime sabiduría que el mundo llama locura, el ejemplo del Salvador en el Santísimo Sacramento mueve nuestro corazón á desear aquella pureza de caridad que no busca sino á Dios, ni trabaja sino por Dios; á aquella caridad generosa que no desmaya ni se arredra frente á los mayores obstáculos.

Este ejemplo, fuerte á la vez que suave, al mismo tiempo que nos atrae también nos dirige por el camino de la vida interior, escondida en Dios que es el alma de la vida apostólica. Así, después de haber aprendido en la Eucaristía á despojarnos de nosotros mismos, el Salvador nos enseña en ella á vivir de su propia vida y nos hace idóneos para vivificar las almas y comunicarles su espíritu.

PUNTO III

Jesucristo en el altar, modelo de verdadero celo

El augusto sacrificio nos recuerda todo lo que Jesucristo hizo, y hace aún todos los días y á todas horas, por la salvación de las almas. Él es el *memorial* de todos los misterios de su vida y en especial del de su muerte. *O memoriale mortis Domini*. Pues bien: todo lo que Jesús hizo en su vida y en su muerte iba dirigido á un solo fin; esto es, glorificar á Dios mediante la salvación de las almas. ¿No es acaso por ellas que descendió desde el Cielo á la tierra? ¿No es acaso el pensamiento de la felicidad de las almas que le alentaba y sostenía en las angustias del Getsemaní, del Pretorio y del Calvario? Todavía hoy bajo el velo Eucarístico es el gran celador de las almas. Por ellas desciende aún, todos los días, sobre millones de altares, como descendió en el seno virginal de María, y trabaja incesantemente para disipar sus ilusiones, dirigir sus afectos y salvarlas. Desde el tabernáculo está aguardando á los pecadores, convidándolos para que vayan á deposi-

tar en su corazón el enorme peso de sus culpas, les ofrece sus méritos, su poder, su sangre, su infinita mediación.

¡Oh sacerdotes, qué ejemplo tan eficaz para vosotros! Pero previendo el buen Jesús que todo esto no sería suficiente aún, y que este mudo lenguaje del amor no tendría fuerza bastante para inflamar vuestro celo, quiso añadir además una ferviente exhortación que os hace en el momento mismo de su sacrificio místico. Sí, en aquellos sublimes instantes os ordena que recordéis su Pasión: *Hæc quotiescumque feceritis in mei memoriam facietis*. El recuerdo en aquel momento tan solemne de lo que Jesús ha padecido por las almas ¿no equivale á haceros una viva recomendación para que procuréis su salvación? ¿Podréis celebrar la santa Misa sin que sintáis repercutir en el corazón aquellas palabras que tanto conmovieron á San Pedro: «¿me amas tú? ¿me amas más que otro cualquiera? Apacienta pues mis ovejas, cuida de mis almas.» ¡Oh sacerdotes, dejaréis perecer á vuestros hermanos por los cuales sabéis que yo me he dejado crucificar?

Jesucristo mientras en el altar va con su ejemplo excitando nuestro celo, también lo modera y dirige. ¡Cuánta pureza de intención! ¿Acaso se busca á sí mismo, ó entremete algún interés propio ó alguna mira personal en todo lo que hace para el bien de las almas? ¿Cuántos miramientos y amorosas condescendencias para sacarlas del pecado y someterlas al dulce influjo de la gracia! ¿Rechaza El á los pecadores por obstinados que sean? Es verdad que aún no los admite á su Mesa, pero sufre por lo menos su presencia.

Ahora bien, ¿qué hice hasta aquí yo? ¿he imitado, he estudiado un modelo tan seguro y perfecto? ¡Ah Señor, me veo obligado á confesar que nunca se me ocurrió consideraros bajo este aspecto en la adorable Eucaristía. ¡Oh, haced que en el porvenir sea más atento y, sobre todo, más dócil á las lecciones que Vos me dais en la celebración de los santos misterios! Infundidme, os lo suplico, aquella mortifica-

ción, aquella vida, aquel celo de que en el altar me ofrecéis ejemplos tan amorosos y acabados!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Jesucristo sobre el altar, modelo de mortificación.* No es posible decir cuánto se nos encarezca esta virtud en la celebración de los santos misterios. La Misa es la imagen viva de la pasión; y cuando Jesús determinó instituir la Eucaristía, conocía perfectamente las persecuciones futuras lo mismo que si las tuviese presentes. Sin embargo, su caridad vence toda repugnancia. ¡Ah, cosa inconcebible! ¿Cómo podré yo, Dios mío, ser vuestro imitador y representante sin querer sufrir nada! *Imitamini quod tractatis*.

PUNTO SEGUNDO.—*Jesucristo sobre el altar, modelo de vida santa y sacerdotal.* La vida de Jesucristo en la Eucaristía es un ejercicio continuo de todas las virtudes practicadas con infinita perfección. ¡Cuánta mansedumbre! ¡qué humildad! ¡qué obediencia! ¡qué recogimiento! ¡qué unión para con Dios! Estos ejemplos en los cuales la fortaleza está mezclada con la suavidad, nos atraen y nos enseñan los caminos de esa vida interior que es el alma de la vida apostólica.

PUNTO TERCERO.—*Jesucristo sobre el altar, modelo de verdadero celo.* La Misa es el memorial de todos los misterios de su vida y principalmente de su muerte, en la cual todo va dirigido á la gloria de Dios y á la salvación de las almas. ¿Podemos acaso celebrar la santa Misa sin oír al Salvador que nos dice como á San Pedro: Si me amas apacienta mis ovejas, salva las almas? Pero hasta aquí ¿cómo he procurado yo estudiar é imitar este hermoso modelo?

MEDITACIÓN XXVII

El sacerdote santificado en el altar

- I. Por el Sacramento que recibe.
- II. Por el Sacrificio que ofrece.

PUNTO I

En el altar yo recibo un sacramento

¿Cuál? El más santo y el más vivificante de todos. aquel que contiene real y sustancialmente al mismo Autor de la santidad. ¡Oh Dios mío! ¿será posible comulgar todos los días sin llegar á ser un gran santo? Hacer la Comunión quiere decir, recibir todo entero á Jesucristo que me enriquece de sí mismo. Sus infinitas perfecciones, sus gracias, sus méritos, todo lo que El es, todo lo que posee; todo lo pone, por decirlo así, en mis manos cuando le recibo en el Santísimo Sacramento. ¡Oh insondable profundidad de un misterio de tanto amor! Cuando me nutro del Pan vivo que bajó del Cielo, Jesús es mío, todo mío, lo mismo su divinidad que su humanidad.

Su sabiduría, su poder, su misericordia.... todas sus adorables *perfecciones* son mías, porque El me las ofrece todas para mi felicidad. Si cuando desciende á nuestra alma bajo las especies sacramentales supiéramos escucharle advertiríamos que dice entonces á nuestro corazón como al ciego de Jericó: *Quid tibi vis faciam?* Habladme, abridme vuestro corazón ¿qué deseáis? Cuando yo tomé carne humana en las entrañas de María lo hice entonces para todo el mundo, mas ahora me entrego todo á vosotros en particular. ¿Qué esperáis de mí? ¿qué queréis? ¡Ah Dios mío! ¿y seguiré yo siendo enfermo cuando Vos mismo me ofrecéis el remedio de mis males? ¿quedaré pobre, cuando Vos mismo depositáis en mis manos los tesoros de vuestra incomprensible caridad?

Todas sus *gracias* son mías. En los demás sacramentos y beneficios que me otorga yo me abastezco como de riachuelos; pero en éste, poseyendo el sagrado Corazón de Jesucristo, poseo el mismo manantial de donde brotan los ríos. ¿Y no es El que, en todo tiempo y en todos los lugares, abastece á toda la Iglesia del agua de vida eterna? ¿No es esta la fuente inagotable de donde brotaron y brotan todas las gracias que hicieron y harán á los escogidos: la luz

que ilumina, la fuerza que sostiene, la unción que consuela?

También son míos todos sus *méritos*, porque es principalmente en este misterio donde se establece entre Jesús y mi alma que se nutre de su cuerpo divino esa inefable comunión de bienes y de vida, comparada por el mismo Salvador á aquella por la cual son uno solo El y su Padre: *Ego et Pater unum sumus. Vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me.* Yo recibo la vida de mi Padre, yo vivo por El y para El: del mismo modo, si vosotros os alimentareis de mi carne, tendréis mi vida la cual pasará de mi corazón al vuestro. Entonces podréis decirme en alguna manera lo que yo digo á mi Padre: Todo lo vuestro es mío también: *Omnia tua mea sunt.* ¡Qué pensamiento tan consolador!

Yo, obrero negligente, veía con indiferencia aproximarse el último instante de aquel día en que cada uno será retribuido según sus méritos. Con temor me preguntaba á mí mismo: ¿he obrado algún bien? ¿cómo lo he hecho? ¡Ay Dios mío, qué de tiempo perdido! ¿dónde están mis títulos para la recompensa en el Cielo? ¿en qué fundo mis pretensiones á la corona de los buenos sacerdotes? ¿sobre qué, oh alma mía? ¡Ah! no temas; porque fundas tus esperanzas en los méritos infinitos de Jesucristo que son todos tuyos cuando te cabe la dicha de recibirle en la santa Comunión.

Además, son también mías todas sus *virtudes*. En aquel momento dichoso es cuando Jesucristo está en su ministro del mismo modo que su Padre está en El: *Ego in eis, et tu in me;* es cuando El me comunica aquella misma gloria que su Padre le ha dado: *Ego claritatem quam dedisti mihi, dedi eis:* ya no he de temer presentarme delante de un Dios todo santidad, porque entonces resplandezco con la misma santidad de su Hijo.

Puedo decirle entonces lleno de santo orgullo: «Señor, ya no soy tan indigno de que Vos me oprimáis con la majestad de vuestros ojos. Ved y reconoced en mí ¡oh Dios mío! el semblante de vuestro

Cristo: ¿qué cosa amáis Vos que no la halléis en mí, y del modo que os place? ¿Os agrada la justicia? ¡Ah ved, oh Dios mío, de qué justicia está revestida mi alma ahora que está unida al alma de Jesucristo! ¡Ya no me afijo más, oh bondad eterna, por no poder amaros cuanto merecéis, puesto que ahora os amo con el mismo corazón de vuestro Hijo: ni me entristezco por no poder ofreceros adoraciones dignas de vuestra grandeza, ni agradecimiento adecuado á vuestros beneficios, ni satisfacciones iguales á mis culpas, porque os ofrezco los homenajes, las acciones de gracias y los padecimientos de Jesucristo!»

¡Oh sacerdote! ya no te turbes demasiado ante la memoria de tu flaqueza. Dios, en el sacrificio divino, te ha deparado un sostén inquebrantable: *Frumento et vino stabilivi eum* (1). ¡Ah, cuántos y cuán eficaces resortes encuentro para mi santificación en la comunión diaria! Si yo con esta participación no me enciendo en la más ardiente caridad, ni llego á ser formidable á todo el infierno (2), solamente mía es la culpa: *Non est defectus in cibo, sed in sumente*. ¡Ah, qué dicha para mí si en aquel feliz instante me entregara del todo al amor que Jesús me profesa!

PUNTO II

En el altar yo ofrezco un sacrificio

¿Cuál? El mismo que el de la cruz, como lo declaró el concilio Tridentino. Su valor pues, es infinito y poderosísima su eficacia; porque como sacrificio propiciatorio mitiga la ira de Dios, aunque hubiese llegado al colmo; y como impetratorio nos alcanza de Dios toda suerte de gracias y beneficios no obstante nuestra indignidad. Es indudable que una sola Misa sería más que suficiente para salvar á infinitos mundos: *Nullus profecto valet humano explicare eloquio, quam locuplex fructus, quanta ex ejus oblatione..... spiritualia exuberent dona* (3).

(1) Gén., XXVII, 37.

(2) *Tamquam leones ignem spirantes facti diabolo terribiles* (San Juan Crisóstomo, Homil. 61 ad popul.)

(3) San Laurencio Justiniano.

Mas lo que hasta ahora nunca he meditado convenientemente es la participación inmensa que en cualidad de sacrificador y ministro me cabe en los frutos del sacrificio.

En efecto, cuando revestido de los sagrados ornamentos, como delegado del Cielo, de la tierra y del Purgatorio voy al altar para perorar en él la causa del mundo entero, parece que frente á un interés tan general y á una misión tan grande, todo pensamiento propio y personal debiera ser olvidado; pero al contrario, se me impone que ante todo, abogue por mí, porque el sacrificio que se ofrece para todo el mundo, se ofrece de un modo especial para aquel que lo celebra.

Siendo esto así, como no cabe dudarlo, resulta que las primeras gotas de la sangre de la víctima serán aplicadas para sanar las enfermedades de mi alma. Ofreciendo á la justicia del Padre las inmensas satisfacciones de su Hijo inmolado, lo hago en primer lugar, «por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias.» De este modo cuando haya inclinado la justicia divina en mi favor, la invocaré después en pro de todos los fieles vivos y difuntos: *Sed et pro omnibus fidelibus christianis vivis atque defunctis, ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam æternam. Mi salvación eterna*; hé aquí lo que ante todo solicita Jesucristo con sus lágrimas, heridas, oprobios y su misma muerte: en seguida participarán también de los frutos de su sacrificio todos los demás que le pertenecen por la fe. *Ut mihi et illis proficiat ad salutem*. Este es el orden prescrito por la Iglesia y que se observa también en todas las partes del sacrificio.

En efecto, cuando tomo el cáliz en la mano para consagrarlo, Jesús dice por mis labios: «Tomad y bebed, esta es mi sangre: *Qui pro vobis et pro multis effundetur*.» ¿A qué viene esta distinción, *pro vobis et pro multis*? Hé aquí dos clases de personas por las cuales será derramada la sangre redentora sobre la cruz y en el altar. Es lo mismo que si el Salvador hubiese dicho: «Es por vosotros ¡oh Apóstoles y jefes de mi pueblo! es por vosotros ¡oh sacerdotes! con-

tinuadores del ministerio Apostólico hasta la consumación de los siglos, es por vosotros que yo me sacrifico, *pro vobis*: y después, para todos aquellos que, mediante la actividad de vuestro celo, crean en mí haciéndose miembros de mi cuerpo y formen parte de mi Iglesia, *et pro multis* (1).»

Esto mismo se repite al fin de la Misa: *Præsta ut sacrificium.....tibi sit acceptabile, mihi que, et omnibus..... sit, te miserante, propitiabili.....* siempre en todo lugar soy el primero en participar: *Mihi et omnibus*. ¡Qué motivo tan poderoso de confianza, de agradecimiento y de amor!

Habiéndome pues, concedido ofrecer todos los días el augusto sacrificio ¿qué me falta, oh Dios mío, para alcanzar aquella santidad eminente, edificante, siempre progresiva que Vos exigis de vuestros ministros? En la celebración cotidiana del sacrificio divino, en lugar de amedrentarme por las obligaciones que me impone el sacerdocio, lo que haré más bien será daros gracias por la multitud y eficacia de los medios que vuestro amor me suministra para cumplirlas.

¡Oh Jesús! Si bien es verdad que nunca os mostráis avaro de vuestros dones, también es innegable que jamás sois tan pródigo en mi favor como en aquellos preciosos momentos en que ejerzo con Vos el oficio sublime de sacerdote. Entonces es cuando derramáis en mi seno «esa medida perfecta, llena, colmada, rebosante por todos lados (2)». ¿Y no apreciaré yo en su justo mérito joyas tan valiosas? ¡Ah Salvador mío, iluminadme y haced que desde ahora en adelante la primera de mis devociones sea la santa Misa celebrada lo más santamente posible! ¿Acaso no es justo que una oración tan elevada sobre todas las demás, forme el blanco de todos mis pensamientos, plegarias, prácticas y mortificaciones? ¡Dios mío, yo os lo suplico por amor de María, por amor de los Apóstoles, por amor de todos los santos sacerdotes

(1) P. Lebrun, *Manual del Nuevo Sacerdote*, pág. 114, t. 1.

(2) Luc., vi, 38.

que están en los Cielos! Haced que mi alma se penetre de la sublime acción que realiza en el altar; concededme la gracia de que pueda celebrar lo menos indignamente posible ese tan augusto sacrificio. Si yo alcanzo esta gracia, bien puedo decir que las he alcanzado todas; porque, aun cuando no poseyera todas aquellas prendas y dotes que hacen al hombre útil para los demás, mi sacerdocio sin embargo, será siempre el tesoro de la tierra, la salvación de mis hermanos, y para mí, prenda segura de la corona que tenéis prometida al ministro fiel.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*En el altar yo recibo un sacramento.* El más santo y á la vez el más santificador de todos los sacramentos. Cuando yo me alimento con el manjar de los ángeles, Jesucristo entra en mi alma con todas sus perfecciones: viene á ofrecerme que yo me sirva de todas ellas para mi santificación. Con todas sus gracias: Él es el fecundo é inagotable manantial de todas. Con todos sus méritos de los cuales yo me puedo servir y aprovechar según deseo.

Con todas sus virtudes. Cuando yo comulgo ¡oh Dios mío, entonces me miráis como si fuera el mismo Cristo!

PUNTO SEGUNDO.—*En el altar yo ofrezco un sacrificio.* Su valor es infinito, su eficacia todopoderosa; como propiciatorio aplaca á Dios por muy grande que sea su cólera; como impetratorio nos consigne del Señor todo género de gracias y favores. Debo confesar con dolor que hasta aquí he meditado demasiado poco en la inmensa participación que yo tengo en los frutos del sacrificio en mi cualidad de sacrificador. Sí; yo en el altar lo puedo todo: y el día del juicio el Soberano Juez para confundir á los sacerdotes réprobos bastará que es diga: *Vosotros habéis celebrado la santa Misa.*